

ayo, recobrado que hubo aquél su libertad y su reino, á la Corte y Palacio de Barcelona.

Al tributarles las alabanzas que tanto merecen, difícil es escoger entre el discípulo y el maestro. Admirable se muestra el Rey de Aragón. Prisionero de sus propios súbditos, como lo había sido del matador de su padre, rompe las cadenas que lo ataron en el Castillo de Monzón, y á los nueve años de edad gana su primera victoria, haciendo huir al enemigo antes de presentarle batalla. Á los veinte acaudilla la expedición á las Baleares y conquista primero á Mallorca, y más tarde las demás islas. No pasan mucho años y con un puñado de guerreros pone cerco á Valencia, y conquista la ciudad y el reino entero, teniendo que luchar á menudo, más que con los moros, con la mala voluntad de sus súbditos, y aun de sus deudos. Entretanto, aprovecha los breves ocios del campamento, ó las treguas que le conceden las guerras casi interminables con los infieles, para dar á sus vasallos equitativas y justas leyes, y lleva á cabo lo que más tarde debía hacer en Castilla Don Alfonso al Sabio.

En casi todas estas empresas lo acompaña su antiguo maestro Pedro Nolasco, primero solo, después á la cabeza de sus caballeros; y ¡cosa extraordinaria! se le ve más ocupado en rescatar cautivos que en hacer prisioneros al enemigo, y gasta en esta obra de misericordia cuantas riquezas ha podido conservar.

Otro ilustre varón se ve con frecuencia al lado del Rey. Es un fraile del orden de Santo Domingo, valeroso, sabio, prudente, y de una austeridad á toda prueba. Es Raimundo de Peñafort, que más tarde será llamado á Roma,

y trabajando para la Iglesia niversal del mismo modo que Don Jaime para Aragón y Don Alfonso para Castilla, compilará las famosas Decretales, precioso Código que ninguno otro ha podido igualar. Ya que no me es dado narraros una á una sus santas proezas, permitidme que os recuerde un hecho milagroso que muestra cuál fuera su valimiento para con Dios, su autoridad sobre los hombres, su dominio sobre los elementos.

Hallábase en Menorca con el Rey, y rehusando éste seguir los consejos de su santo confesor, determinó Raimundo abandonarlo y regresar al continente. Una orden soberana prohibió á todo patrón de nave ó de batel recibirlo á bordo, y el santo, extendiendo su capa sobre las ondas, y atando una extremidad de la misma á guisa de vela, á su báculo que queda habilitado de mástil, se lanza á los mares, y en seis horas recorre las sesenta leguas que lo separan del puerto de Barcelona.

Tales eran los tres personajes escogidos por la Madre de Dios para instrumentos de sus misericordias con los cautivos cristianos. ¡Quién pudiera describir la escena de que fué testigo Barcelona el memorable 2 de Agosto de 1218! Apenas despunta la aurora, cuando se ve salir apresuradamente de su aposento en el palacio real al Caballero Pedro Nolasco, y dirigirse á las habitaciones de su confesor San Raimundo, entonces todavía Canónigo de aquella Catedral. “Padre, le dice, vestida de túnica blanca y circundada de divino fulgor, se ha dignado bajar á visitarme la Madre de las misericordias. Me ha ordenado que me ponga al frente de nuevo instituto religioso, destinado á la redención de los cautivos, y yo vengo á daros cuenta de esta celestial dignación, y á pedir os vues-

tros consejos y una regla para mi eclesiástica milicia.” ¡Cuál sería la sorpresa del santo penitente, cuando el confesor, radiante de gozo, le manifiesta que á él también se ha dignado visitar esa noche, en la misma forma y con idénticos fines, la Reina de las Mercedes; que le ayudará, por consiguiente, en su santa empresa, y que es menester acometerla sin tardanza!

Ambos se encaminan juntos á solicitar el apoyo del Rey de Aragón, y su estupor no conoce límites cuando Don Jaime les refiere que á él también ha favorecido con su visita la Reina de los Ángeles. No hay duda, no hay duda, *digitus Dei est hic*, exclaman en coro: Dios lo quiere y es preciso ejecutar sus órdenes. Con la celeridad que en todas sus acciones acostumbraba desplegar el soberano, llama inmediatamente al Obispo de Barcelona, Don Berenguer de Palau, y aquí es donde se encuentra el primer obstáculo. El Concilio IV de Letrán ha prohibido la fundación de nuevas órdenes religiosas, y el establecimiento del instituto que se contempla sería contravenir á sus decretos. Afortunadamente hay un indulto concedido por los Sumos Pontífices San Gregorio VII y Urbano II, al Rey Don Sancho Ramiro y sus sucesores, para que, aun sin previa consulta de la Santa Sede, funden en sus dominios cofradías, monasterios y hasta órdenes religiosas. Á este indulto se acogen, y ocho días después, en la fiesta de San Lorenzo, queda solemnemente establecido el *Orden Real, Militar y religioso de Nuestra Señora de las Mercedes, para la redención de cautivos*. San Raimundo de Peñafort le da sapientísimas reglas, y el Sumo Pontífice Gregorio IX no tarda en confirmarlo, nombrando á San Pedro Nolasco su primer Maestro General.

II

Por su objeto mismo, el orden de la Merced tenía que ser en sus principios más militar que monástico, y á este fin adaptó San Raimundo las reglas de San Agustín que le dió. Aunque sacerdotes y caballeros se alistaron en número casi igual, el mando supremo se confirió, según hemos visto, á San Pedro Nolasco, que no era sacerdote, como tampoco lo fueron los siete primeros generales. Que no os llame la atención el ver invertido lo que parece el orden jerárquico. Aun hoy día hay ciertos institutos, como los Hermanos de las escuelas cristianas, por ejemplo, en que los sacerdotes se subordinan á los que no lo son; y aun en congregaciones de mujeres, como las hermanitas de los pobres, verbigracia, vemos á los capellanes sujetos á las superiores del sexo femenino.

Mucho menos había que extrañarlo en la época en que se verificaron los sucesos. La guerra de reconquista era á la par nacional y religiosa, y como observa moderno historiador, “los príncipes se hacían Obispos, los preladados se ceñían la espada y guerreaban todos.” En esas mismas expediciones de las Baleares y del reino de Valencia, en que vemos al Comendador Nolasco con sus recién fundados mercenarios, contemplamos al Arzobispo de Tarragona emprendiendo por su cuenta y con hueste propia la conquista de Ibiza, y á casi todos los Obispos

catalanes y aragoneses acaudillando mesnadas á su costa levantadas y sostenidas.

En un punto se diferenciaban las falanjes de la Merced de todas las demás milicias, y de los otros órdenes religiosos; y era en el cuarto voto que hacían de consagrarse á la redención de los cautivos hasta el grado de constituirse prisioneros en su lugar mientras llegaba el rescate, si de otro modo no podían libertarlos. La civilización moderna que ha suavizado tanto la guerra, nos ha hecho olvidar los horrores de las antiguas campañas, y apenas podemos apreciar este acto sublime de cristiana abnegación. ¿Quién puede pintarse con los colores debidos el cuadro que ofrecían los forzados atados á los bancos con pesadas cadenas en las naves mahometanas, y casi sin aliento ni descanso, remando, remando, remando de día y de noche bajo el látigo del capataz? ¿Quién prestará fe á los antiguos autores cuando nos describen las negras mazmorras de Argel ó de Túnez, y los duros trabajos á que sujetaban á los cautivos, junto á los cuales parecerían dulces las faenas que imponía Faraón á los israelitas de antaño? Pero sobre todo, para el joven y apuesto prisionero, dotado de talentos y atractivos físicos, ¿qué peligro no ofrecían los halagos del harem, y el ejemplo de tantos renegados que de la cárcel habían salido á ocupar los más elevados puestos en el ejército, en la marina, en el gobierno, sin más trabajo que el de abjurar la Religión de Cristo y acogerse á la bandera de la Media Luna!

Contra este peligro, que en religiosos bien firmes en la fe y avezados á las privaciones, era menor que en jóvenes soldados ó refinados caballeros, se estableció prin-

cipalmente ese cuarto voto de permanecer en rehenes en vez del canjeado prisionero hasta que llegase el rescate. Imaginaos el gozo del que había remado quizá veinte años en las galeras africanas, ó gemido un cuarto de siglo en las mazmorras de Trípoli ó Marruecos, al ver aparecer el hábito blanco y el escapulario con las armas de Aragón, del hijo de la Virgen de las Mercedes tendiéndole la mano redentora. Su júbilo apenas puede juzgarse inferior al que en las cárceles del purgatorio sentirá el alma devota que, en el sábado prefijado, vea aparecer á la Reina del Carmelo, que le presenta para salvarla, el escapulario que en vida se glorió de llevar. ¡Ah! siempre la Virgen es nuestro refugio y amparo, y ya por medio de los ángeles, ya por el ministerio de sus siervos, ya tomando el título del Carmen, ya apellidándose Madre de las Mercedes, vuela siempre á nuestro socorro y nos liberta y nos salva en este mundo y en el siglo futuro. ¡Oh gloria de Jerusalén, oh alegría de Israel! No cesaré nunca de clamar: si de tí me olvidare, si cesare un momento de celebrar tus alabanzas, pierda el movimiento mi ingrato brazo y péguese mi lengua al paladar.

Como era de esperarse de su altísima santidad, no se limitó Pedro Nolasco á acompañar al Rey en sus expediciones militares al frente de su legión de caballeros. Penetró solo é inerte en las tierras ocupadas por los infieles, y pudo rescatar personalmente cuatrocientos cautivos. Sus religiosos y sucesores lo imitaron después de su muerte, y gloriosos son los fastos del orden de la Merced. Ahí tenemos á Ramón Nonnato en Argel, cautivo voluntario en cambio de sus hermanos, encerrado ocho meses en obscura mazmorra sin ver la luz del día, y pre-

dicando impertérrito á los musulmanes, á pesar del candado que perfora y cierra sus labios. Ahí está Pedro Armengol, que se entrega en rehenes igualmente y sufre tormentos que le habrían causado la muerte si la Virgen de las Mercedes, á quien sirve, no lo hubiera milagrosamente libertado. Ahí está el inglés Serapión, crucificado y hecho pedazos por los sarracenos, á quienes se ha entregado por rescatar á sus hermanos. Ahí están otros mártires que llegan á la enorme cifra de mil quinientos treinta y tres.

No conservó muchos años el orden el carácter militar que le dieran sus fundadores. Habiéndose suscitado graves disensiones entre caballeros y sacerdotes, el Sumo Pontífice Clemente V dispuso que el general fuese siempre elegido entre los segundos; y disgustados los caballeros, abandonaron el estandarte de la Merced y se agregaron al orden de Montesa, recientemente establecido en Aragón. Pero aunque limitado el instituto á los sacerdotes tan sólo, no perdió su carácter belicoso y emprendedor; y cuando Cristobal Colón atravesó por primera vez el desconocido Océano, lo acompañó el Padre Infante en su atrevida expedición. Otro mercenario, el Padre Solórzano, sigue igualmente al esforzado genovés cuando por vez segunda cruza los mares, y acomete la evangelización de la isla Española. Diego Velázquez pide más tarde mercenarios para Cuba, y vuelan á su auxilio Fray Juan de Zambrano y Fray Bartolomé de Olmedo: el primero se queda en las islas; el segundo parte con la expedición que se organiza para la conquista de México.

¡Yo te saludo, primer Apóstol de la Nueva España!

¡Cuán bella reluce tu blanca túnica junto á las brillantes armaduras de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado! ¡Cuánto me encanta en Tabasco y en Veracruz el celo que despliegas para la conversión de los naturales! ¡Cuánto me admira en Cempoala y en la República Tlaxcalteca la prudencia que manifiestas moderando el excesivo fervor de aquellos valientes soldados que creían que los corazones se conquistan por la fuerza, lo mismo que los reinos. Más constante que Pedro el Ermitaño, acompañas por dondequiera á tu inquebrantable jefe, sin soñar en abandonarlo ni aun en los horrores de la *noche triste*, y siguiéndolo de cerca lo mismo en la victoria de Otumba que en los combates menos felices en derredor de Tenochtitlán. Aunque fracasas en tus esfuerzos por convertir á Moctezuma, sí logras derramar las aguas del bautismo sobre las cabezas de Magiscatzin, de Ixtlilxochitl y de Xicotencatl. Aunque tu fama no ha volado tan alto como la del gran Conquistador, tú participas de la gloria de sus imponderables hazañas. Sin tus consejos, sin tu penetración, sin tu prudencia, los triunfos de Hernán Cortés no habrían sido tan completos, ni habrían alcanzado tan benéficos resultados. Yo te bendigo, Apóstol de México, y bendigo á la Virgen de las Mercedes que tantas virtudes infunde en sus hijos.

Ellos también fueron los primeros que predicaron la fe en el Perú; y tanto se extendieron que llegaron á tener en el Nuevo Mundo nada menos que ocho provincias. La de México abrazaba nueve conventos, entre ellos el de San Luis Potosí, y cinco hospicios que dieron á la Religión y á las letras no pocos insignes varones. ¿Qué se ha hecho de tanta grandeza? De dos de sus tem-

plos (el de México y el de nuestra ciudad) no ha quedado piedra sobre piedra. Los que restan, están en gran parte encomendados á manos extrañas, porque casi han acabado entre nosotros los hijos de Nuestra Señora de la Merced.

Pero aunque todos lleguen á faltar, no perecerá en nuestra memoria el recuerdo de sus insignes beneficios, ni dejará de mantenerse vivo el culto de la Virgen de las Mercedes. Á ella recurriremos en nuestras necesidades; á ella clamaremos en los peligros; y sentados sobre las ruinas de sus templos, como los Israelitas en las riberas del Eufrates, no cesaremos de cantar al són de nuestros destemplados laúdes: Si de tí me olvidare, oh Reina de la Jerusalén celestial, péguese á las fauces mi lengua, indigna de proferir sonidos articulados.



PLÁTICA

DE INTRODUCCIÓN Á LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, DIRIGIDA
AL CLERO DE LA DIÓCESI, LA NOCHE DEL 28
DE SEPTIEMBRE DE 1897.